



CLUB SHIBARI

ENTRA Y DESCUBRE LOS LÍMITES DEL DESEO

**MORUENA
ESTRÍNGANA**

CLUB SHIBARI

**MORUENA
ESTRÍNGANA**



Ediciones Kiwi

EDICIONES KIWI, 2026
Publicado por Ediciones Kiwi S.L.



Ediciones Kiwi

Primera edición, enero 2026
IMPRESO EN LA UE
ISBN: 978-84-10479-48-7
Depósito Legal: CS 1086-2025

© del texto, Moruena Estríngana
© de la cubierta, Borja Puig
Corrección, Mercedes Pacheco

Código THEMA: FR

Copyright © 2026 Ediciones Kiwi S.L.
www.edicioneskiwi.com
www.grupoedicioneskiwi.com

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal). Contacta con CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

A mi murcianica Rakel, por estar ahí en cada libro como
lectora cero y ser amiga.

Estos libros no serían lo mismo sin ti.

Parte 1

Nudos de pasión

Nota de la autora

Estás ante una novela romántica/erótica. Donde los protagonistas vivirán momentos acalorados de sexo explícito. Hay un punto de dominación, ataduras con cuerdas y sexo exhibicionista.

No habla de enfermedad, pero sí de muerte en el pasado de alguien.

Disfruta de la historia y del misterio.

PRÓLOGO

ARLET

Observo a mi marido entrando y saliendo con fuerza del cuerpo de su secretaria. Todo un clásico, ¿no? Pues es aún mejor, si a esto le añades que la secretaria es la mujer de su mejor amigo.

No sé cómo reaccionar. Me quedo quieta, con la comida que he comprado para almorzar juntos en la mano y el corazón rompiéndose con cada latido que da. Lo peor de todo es que, mientras los miro follar con tanta pasión, pienso en que a mí siempre me trató como si me fuera a romper en el proceso. Parece que esté viendo a otras personas, y ojalá lo fueran, porque así dolería menos procesar esta realidad.

Nos casamos tras dejar la universidad. Estudié Humanidades porque no sabía qué hacer. Todo el mundo sabía lo que quería para la vida, pero yo no tenía ni idea. Solo tenía diecisiete años, ya que los dieciocho los cumplo en diciembre, y, de golpe, debía decidir todo mi futuro. Mis padres ahorraron para pagarme una carrera. ¿Cuál? Eso les daba igual. Ellos

solo deseaban que su hija fuera universitaria, sin importar si luego podía o no ganarme la vida de ello.

Mi idea era empezar estudiando esa carrera y luego cambiarme a otra, pero tengo veinticinco años y sigo sin saber qué narices quiero hacer con mi vida. Y, ahora, mucho menos.

Los veo gozar el uno del otro. Disfrutar, como yo nunca he disfrutado con él.

Le sugerí hacer cosas nuevas y me miró como si fuera una guarra; como llevo haciendo toda la vida, me olvidé de mis deseos para complacerlo a él. Me olvidé de todo lo que deseaba hacer, por miedo a que estuviera mal dejar salir mis anhelos.

Trabajo donde él quiere, tengo el horario que a él mejor le viene, y me he ido dejando a un lado por amor. Por lo que sentía por este hombre que lleva meses sin apenas tocarme y me ha hecho sentir que había algo mal en mí.

Ahora lo entiendo. Todo encaja como un puzzle.

De mi boca sale un gemido tan doloroso que no puedo acallar. La comida cae al suelo y mi marido me mira, asustado.

—¡Arlet! Espera, no es lo que parece.

Otro puto clásico...

Llego a la puerta, me coge y me estampa contra ella con fuerza.

—No me vas a dejar. —Lo miro a los ojos y es como si lo viera por primera vez. Me hace daño. Me acaba de romper el corazón y ahora me amenaza—. Si lo haces, haré que lo pierdas todo.

Asustada, me aparto de él y me marcho sin poder decir nada.

Mientras corro a casa de mi hermana, pienso en todas las cosas que debí decirle. En todo lo que no debí callarme, y en la hostia que le debí dar en la cara de idiota.

—No voy a dejarte sola —me dice mi hermana Camila.

La abrazo y lloro sin saber qué narices va a ser de mi vida ahora. Solo sé que me duele tanto el corazón que, por un momento, me pregunto si no sería más fácil dejar de respirar para no sentir este pesar.

Me estoy hundiendo, lo sé... y no pongo freno.

CAPÍTULO 1

ARLET

Karim, mi exmarido desde hace seis meses, prometió que me iba a joder la vida, y así lo hizo.

Lo primero, me dejó sin trabajo.

Habló con mi jefe, que era uno de sus mejores amigos, y le dijo que yo le había hecho la vida imposible, hasta que casi lo empujé a liarse con su secretaria para escapar de un horrible matrimonio donde le hacía sentir como una mierda. Todo mentira, pero, como yo nunca me defiendo, nunca digo lo que pienso, el cabrón supo que no haría nada. Además, como no tengo amigos, porque todos son *sus* amigos, lo creyeron a él.

La secretaria es ahora su novia; se ha divorciado de su marido, y también lo ha retratado como un ser horrible sin corazón.

Pobrecitos...

Vivo en casa de mi hermana, en su sofá, mientras busco trabajo donde me salga. He trabajado cubriendo suplencias,

pero necesito algo mejor y, a poder ser, lejos de este lugar. Odio ver a mi exmarido cuando salimos a comer o cenar. Es una ciudad pequeña y todos nos conocemos.

—¡He encontrado algo! —Mi hermana sale con el móvil en la mano—. ¿Te acuerdas de Sabina Abney?

—¿La pija sin corazón de tu clase?

—Sí, esa. Bueno, pues ha despedido a su asistenta y ha publicado en redes que busca a alguien. Le he preguntado si podrías encajar, y estoy esperando que responda.

—¿Sigues hablando con ella?

—Sí... Bueno, de vez en cuando. Ahora vive en Seattle, y como querías irte.

—Eso no quita que era una zorra de cuidado.

Va a decir algo, pero le responde alguien en el móvil.

—Es ella. Dice que sí, que podrías encajar, pero que solo te puede pagar tres mil al mes, incluido alojamiento y comida.

La miro, sin entender ese *solo*. Es un gran sueldo.

—¿Dónde está la pega?

—Que te necesita de lunes a domingo. Ella te informará cuándo tienes libre. Dice que debes tener disponibilidad para viajar.

—¿Viajar y ganar esa pasta?

—Pues sí. No pinta mal, ¿no?

—Es una mala persona.

—Lo mismo ha cambiado. En redes parece maja. ¿Quieres ver sus redes?

—No, mejor no. No vaya a ser que vea algo que me haga rechazar el único trabajo decente que me ha salido en meses.

—Entonces, ¿le digo que sí?

Una parte de mí opina que debería rechazarlo, porque trabajar para ella será horrible, ya que era lo peor en el instituto. Mi hermana me saca diez años y, cuando iba a verla, siempre me miraba como si yo fuera una mierda en su zapato.

—Dice que, por ser tú, te sube a tres mil quinientos.

«¡Madre mía! Con ese dinero podría ahorrar mientras busco otra cosa».

—Mira, que sí. Que sí, joder, y mientras tanto busco otra cosa.

—¡Esa es mi chica!

Mi hermana parece feliz, y mi cuñado, en cuanto aparece, lo celebra. A ver, no soy tonta. Sé que tenerme en su casa, con un único dormitorio, no es lo ideal. Mis cosas están en cajas, en un trastero que alquilé, y a veces me he quedado allí, leyendo, para darles intimidad y no escuchar cómo follan. Desde lo de mi exmarido, cada vez que escucho ese sonido, lo veo con su cara de cerdo, con su secretaria. Es como volver a ese momento, una y otra vez.

Por eso, sé que tengo que salir de aquí. Ser la asistente de Sabina no puede ser peor que todo esto.



—Antes de irte... —Mi hermana me da un sobre—. Es un pase para un club muy exclusivo. Es erótico, pero no en plan ordinario. Por lo que he estado informándome, por un cliente del taller, es todo muy sutil.

—¿Y para qué quiero esto? —Toco el sobre como si quemara.

—Para olvidarlo. Te conozco lo suficiente para saber que no saldrás de fiesta para conocer a alguien. Tu primer novio fue en la universidad, que se convirtió en tu marido, porque nunca te has parado a pensar en lo que quieres tú. Así que... Bueno, te he cogido la experiencia *voyeur*. Podrás mirar a otros y olvidar así a tu ex. Podrás dejar de gritar en sueños lo de que saque su polla de ahí.

—¿Eso digo?

Mi hermana asiente. Tiene el pelo castaño, como yo, pero sus ojos son azules y los míos plateados.

—Sí. Vas a empezar de cero, en otro lugar, por lo que no dejes que un ex, que nunca te mereció, te joda también tus sueños. —Me abraza y contengo las lágrimas.

Estamos en el aeropuerto y me marcho para empezar una nueva vida lejos de esta ciudad, donde llevo viviendo desde los diecisiete, cuando empecé la universidad. Dentro de poco haré veintiséis. El frío ya empieza a calar los huesos, pero, cuando tu corazón se ha transformado en hielo, no se nota.

Nos despedimos y me marcho.

Una vez en el avión, abro el sobre y leo lo que pone. El sobre tiene detalles japoneses, con flores de cerezo. No dice

nada de que sea una experiencia sexual, pero ha pagado por un *pack* número ocho. Ese número siempre me ha recordado al infinito.

No sé si iré...

Abajo pone que en la experiencia entran las bebidas gratis. Tal vez, solo vaya a beber. No me vendrá mal.

Solo eso.

Aunque la idea de olvidarme de mi ex para siempre es tentadora.

Muy tentadora.

Miro mi mano, donde la marca del anillo empieza a no verse. Ojalá un día no quede ni eso. No quiero sus recuerdos. Solo deseo olvidar que un día lo amé.

CAPÍTULO 2

ARLET

Me he quedado en un hotel.

He llegado antes, para firmar los papeles de mi nuevo trabajo. Sabina está de viaje y empiezo en cinco días.

Mi vida está a punto de cambiar.

Tal vez, por eso, me he puesto un sencillo vestido negro de tirantes, mis botas, con mis medias favoritas —unas rosas, que se suben hasta la pantorrilla—, y he pedido un taxi para ir al club.

Este se llama Shibari, y, por lo que he estado mirando, es un arte de *bondage* japonés. El lugar aparece como un sitio para tomar copas, con espectáculo.

Ya te digo yo que dan un gran espectáculo.

Solo voy a tomar unas copas, pero nada más.

En verdad, solo hago esto porque mi hermana me lo ha regalado y me sabe mal no intentarlo. Pero el sexo y yo siempre hemos tenido nuestros reparos. Quería explorar mi cuerpo y probar cosas nuevas, pero te enamoras de alguien

que te hace sentir mal por sugerirlo. Al final, me fui anulando. Disfrutaba del sexo, sí, pero me aburría.

Todo sería más fácil si nunca me hubieran gustado sus besos o no me hubiera corrido con él dentro. Era feliz. A nuestra vida le faltaban cosas, pero las pasaba por alto, por las que sí me gustaban. O eso quiero creer, porque siento que mi subconsciente está despertando y quitando esa bruma que cubría mi vida, que me impedía ver la verdad. Tal vez, porque así era más fácil vivir.

Ahora pienso en todo lo que no me gustaba y cobra más peso. Pero ahora, el dolor me ahoga, a pesar del tiempo que ha pasado.

Seis meses no son suficientes para olvidarme de todos mis sueños con él.

Llego al establecimiento en un taxi y bajo.

Es un sitio muy lujoso; una mansión que está al final de un camino, bordeado de árboles de cerezo artificiales. Es normal, porque no estamos en la época, pero puedo observar que, tras estos primeros, hay cerezos originales. Seguro que, cuando florezcan, se mezclarán con este paisaje. Hay lagos, también.

No veo a nadie mientras avanzo por el camino, apenas iluminado por farolillos.

Llego a la entrada y enseño la entrada.

Me llevan a una sala donde dejo mi abrigo.

Todo es tan elegante que me siento incómoda con mi vestido de tirantes y mis medias de color rosa. Mi exmarido las

odiaba. Odiaba que vistiera con colores alegres y con faldas, que permitían que se vieran mis medias de colores. Opinaba que mi forma de vestir era ridícula.

Él sí que lo era, y eso que vestía con ropa de lujo.

Dejé de usar esa ropa, pero, cuando rompimos, saqué todo lo que me había comprado durante el tiempo que llevábamos juntos y decidí volver a lucirla.

Cinco años de mi vida invertidos en un hombre que nunca se tomó la molestia de conocerme. Me creó a su gusto. Me anuló, porque era más fácil que saber quién era yo.

Con este pensamiento, noto que otra capa de bruma se rompe. No era consciente de cómo dejé de ser quien yo quería, por él.

Pero no le dejé..., porque era feliz viviendo mi mentira.

Me dan una pulsera con un código BIDI. Con seguridad, sea para revisar lo que pido.

—Elige una máscara —me dicen, y me muestran varias máscaras. Unas son de estilo japonés; otras, no, y hay también lisas.

Me decanto por una de media cara de zorro, en blanco y rosa. Tiene detalles dorados.

Tras ponérmela y firmar un acuerdo de confidencialidad, me hacen pasar a una cafetería. El estilo japonés destaca de nuevo. Hay muchos árboles de cerezo por las paredes y el techo. Le da un aire romántico a un club del sexo.

«¿Qué estoy haciendo?».

Me fijo en que hay gente tomando copas, y que todos van con máscaras. Las mujeres van muy elegantes.

«Estoy fuera de lugar aquí».

Llego a la barra y el camarero me pregunta qué quiero. No lleva máscara.

—Agua. —Alza una ceja, divertido—. Agua, no... —Muerdo mi labio inferior y cojo la carta que me tiende.

Llevo años sin salir de fiesta. A mi exmarido no le gustaba salir conmigo, porque decía que tenía que estar pendiente de mí, y que no disfrutaba.

Yo me sentía mal por él y, por eso, me quedaba en casa mientras él y sus amigos salían.

«Me había olvidado también de eso... Joder».

Me remuevo en mi sitio, agitada y nerviosa, al darme cuenta de que hace tiempo que no me tomo el placer de vivir algo que no fuera mi vida con él.

—¿Quiere que le aconseje algo?

—Sí, por favor. O pediré agua de nuevo y ya destaco suficiente en este lugar. —Me entra la risa nerviosa y lo miro mortificada—. No debería estar aquí.

—Solo está tomando una copa.

—Ya, eso sí. —Me prepara una bebida y, cuando le doy un trago, es muy dulce, pero me gusta mucho—. Vaya, esto está increíble. Muchas gracias.

—De nada.

La bebida me relaja.

Nadie se me acerca y casi que lo prefiero.

Miro por los cristales lo que pasa a mi alrededor, mientras me pido otra copa. La segunda ya me relaja más, y dejo de sentirme ridícula. Echo la cabeza hacia atrás y bailo con la música.

—Si me lo permite... —Miro al camarero, que ha escaneado mi pulsera—. Va a comenzar un espectáculo de *shibari*, y entra en el *pack* que ha cogido.

—Ah, vale.

Termino la copa y me dice por dónde debo ir.

Camino hasta la sala y veo que hay una mujer desnuda en el centro esperando a alguien. A su alrededor hay salas con espejos, que no dejan mostrar lo que hay dentro. Son cabinas para ver el espectáculo en la intimidad.

La mujer lleva una máscara parecida a la mía, pero en tonos rojos. La música es preciosa y da sensación de paz. El hombre que entra va todo de negro. Lleva una máscara de demonio en tonos negros que, sorprendentemente, le hace parecer muy sexi. También una capucha negra, lo que le da más misterio. Solo puedo ver sus manos. Son fuertes y sexis. Las manos de un hombre siempre me han llamado la atención, y las de este son muy atractivas.

Le dice algo la chica y esta asiente. Va hasta las cuerdas, y las toca con delicadeza. Luego, habla con ella de nuevo. La mujer asiente y agacha la cabeza, confiando su cuerpo a este hombre enmascarado.

Veó cómo empieza a atar el cuerpo de la chica. Casi no la toca, pero la forma de atarla desata algo dentro de mí. Mi respiración se agita, mientras imagino que, por un momento,

soy esa mujer; que estoy desnuda ante estas personas y que alguien me ata el cuerpo para someterme.

«A mí, estas cosas no me van... ¿Segura?», me digo cuando abre sus piernas y veo el sexo mojado de la mujer, y sé que el mío estará igual de perlado por mis jugos.

«Madre mía...».

No puedo apartar la mirada de las manos del hombre; de cada nudo que hace. Las imagino recorriendo mi cuerpo.

«¡Solo son unas manos!».

Agitada, me apoyo en el cristal y veo cómo sigue con el espectáculo.

Al acabar, caen desde el techo flores de cerezo, con gotas de agua, sobre el cuerpo de la mujer. Se corre, y lo hace tan fuerte, tan intenso, que deseo ser ella. Quiero correrme así de fuerte, casi sin que me toquen; presa del placer que ese hombre me ha dado, sin apenas rozarme.

Aprieto las piernas. Las luces se apagan y noto el bajo vientre pesado.

Hace mucho que no me ponía tan cachonda.

Por un segundo, pienso si tan malo sería dejarme llevar en la oscuridad y tocar mi sexo con mis dedos. Entonces, aparece la imagen de mi exmarido en mi cama, y luego con ella. Duele..., y el fuego se apaga.

Salgo triste, aunque, por un momento, el placer no se ha visto empañado por los amargos recuerdos.

—¿Cuándo harán otro espectáculo como ese? —pregunto a la mujer que espera fuera.

—En dos días.

—Ah..., vale.

Escanea mi pulsera.

—Hay un baile de sexo en vivo, en la planta de arriba.
Puede ir a verlo, si quiere.

Asiento, pero regreso al bar.

El camarero, al verme, me sirve una copa.

—¿Por qué parece decaída?

—Mi exmarido me puso los cuernos —le revelo, aunque no sé bien por qué. Tal vez, porque no lo volveré a ver—. Lo encontré con otra y, desde entonces, cuando pienso en sexo, lo veo a él gritando como un cerdo.

—Joder... ¿Al menos era guapo?

—Antes sí me lo parecía. Lo amaba... Lo amo... ¿Cómo se deja de amar a quien te desgarras las entrañas y las machaca de un día para otro?

Siento que a mi lado se sienta alguien, al que le sirven un whisky solo.

—No he amado en la vida —dice el hombre que acaba de llegar.

Me giro y lo primero que veo son sus manos. Las reconozco. Son fuertes y sexis.

—Te acabo de ver. —Muerdo mi labio y lo miro a la máscara, lo que me confirma que estoy en lo cierto. Lleva la de demonio.

—¿Y lo sabes solo al mirar mis manos?

Su voz es ronca y jodidamente sexi. No puedo verle los

ojos, porque la máscara tiene una tela negra que impide identificar qué hay tras ella, y la capucha negra, que sale de su traje, evita que pueda ver más allá de ella.

Lo peor es que todo este misterio solo me da más morbo. Es como cuando te salen vídeos de hombres enmascarados en las redes sociales y, lo poco que ves, te hace sentir miles de fantasías encadenadas a una imagen.

—Al parecer, sí. Pero, retomando el tema de antes, ojalá no lo hubiera amado en la vida, porque así sería más fácil empezar de cero y encontrarme a mí misma sin él. Pero ¿sabes qué? —Sé que el alcohol que llevo me invita a hablar—. Cada vez que lo recuerdo, lo extraño y no sé cómo sacarlo de mi cabeza; cómo obligarme a solo odiarlo.

—Solo se odia a quien se ama. La indiferencia es la ausencia total de emociones.

—Cierto, y por eso estoy aquí, para ver si veía sexo en vivo y dejaba de tener pesadillas con la polla de mi ex. —Me río y lo miro. Es alto, muy alto, e intimidante. Se nota que tiene un cuerpo fibrado bajo el traje—. No encajo en este sitio —digo, al ver a una mujer superelegante pasar por nuestro lado. Le lanza una mirada insinuante, pero él no se inmuta.

—No, no encajas.

Sus palabras me duelen y me doy cuenta de que ya he estado aquí suficiente tiempo.

—Es cierto. Por eso, es mejor que me vaya.

—No, lo mejor sería que me mandaras a la mierda e

hicieras lo que quisieras. Has pagado, tienes tanto derecho como el resto.

—No sé hacer eso. Llevo toda mi vida agachando la cabeza porque odio los conflictos. —Noto cómo se me acelera la respiración y guardo los recuerdos bajo llave—. No soporto discutir —reconozco con un hilo de voz.

—Pues alguna vez deberás imponer tu voluntad. —Mira las plantas—. ¿Sabes qué significa la flor de cerezo?

—No.

—La belleza de lo efímero. *Mono no aware* —dice en japonés, o creo que es en ese idioma—. Quiere decir, sensibilidad hacia lo efímero. Si solo tenemos una vida, ¿por qué desperdiciarla pidiendo perdón?

Lo miro, pero no puedo ver el color de sus ojos. Quiero verlos. Quiero perderme en ellos.

—¿Que haga lo que quiera?

Asiente, y miro a mi alrededor. No veo a nadie. Tiro de las cuerdas de mi antifaz y lo enfrento sin él. La respiración se me agita. Es como si acabara de desnudarme ante este hombre. Alzo la mano para levantar su máscara, pero pone su mano sobre la mía y me detiene.

—Siempre podemos elegir y decir que no. —Sus dedos acarician los míos y siento una descarga.

Coge mi máscara y me la pone como si quisiera protegerme del resto. Luego, se marcha, y me quedo quieta, pensando en este momento. Solo ha sido un instante, algo bello y efímero, como la flor de sakura.

Me despido del camarero y voy a por mis cosas.

Paso por una cortina negra y alguien me agarra del brazo.

—Si volvemos a encontrarnos, te dejaré ver lo que escondo bajo la máscara..., en algún momento.

—Dudo que eso pase —le respondo y lo miro en la oscuridad—. Este lugar no es para mí.

—Por suerte para ti, soy el dueño de todo esto. —Coge mi pulsera y me la quita. Luego, me pone otra, que tiene un cierre de plata, de la que parece colgar algo—. Por si un día decides seguir pensando en ti, y solo en ti. —Acaricia el interior de mi muñeca y siento una descarga. A continuación, desaparece entre las cortinas.

No, desde luego este sitio no es para mí.

Salgo y busco un taxi. Es como si esto no hubiera pasado. A mí no me suceden cosas tan emocionantes. Mi vida siempre se ha regido por un mismo patrón: el aburrimiento. Y así he encontrado la felicidad...

Aunque empiezo cada vez más a dudar de ello, cuando noto que se abren más grietas en mí, pero la bruma no me dejaba ver la verdad.

El problema es que me da miedo dejarme llevar. Yo, mejor que nadie, sé lo que es ser el epicentro de una gran tormenta.

CAPÍTULO 3

ARLET

Al despertar, me cuesta creer lo que pasó anoche. Es como si lo sucedido le hubiera ocurrido a otra persona. Yo no soy así. Tampoco es que hiciera nada, pero solo el estar ahí y sentir ese torrente de deseo por un hombre enmascarado no es algo a lo que esté acostumbrada.

Mi vida es tirando a aburrida desde hace años, y casi que lo prefiero.

De niña, ya tuve suficientes emociones para toda la vida. Tal vez, eso ha evitado que me parara a pensar si era feliz.

Algo en lo que ahora no dejo de pensar.

Cada día que paso lejos de mi exmarido, de lo que tuve con él, veo más carencias en nuestro matrimonio, que no veía antes, cuando ansiaba que funcionara. Siento que un día los recuerdos de nuestra vida juntos estarán empañados por esta nueva perspectiva.

Suena mi móvil, lo miro y es mi hermana.

—¿Qué tal fue tu noche loca?

—Solo fui a mirar.

Le dije que iba a ir anoche.

—¿Y viste algo interesante?

Pienso en el hombre de la máscara negra que, al parecer, era el dueño; en sus manos, y en cómo ató a esa mujer. Cómo tocó su cuerpo con las cuerdas, y en cómo ella se corrió, por la carga erótica de ese momento, donde le dejó su placer a él.

Nunca he confiado en mi exmarido para eso. He tenido siempre que incluir mis manos y, cuando se ponía nervioso, porque no me corría, fingía el orgasmo. Cuando se dormía, lo acababa sin hacer ruido. Sobre todo, los últimos años. Al principio, tenía más paciencia. No mucha, más, pero no me hacía sentir mal por necesitar más tiempo para estar a tono. Antes, no me daba cuenta de ello, pero llevo años sin sentir que el sexo con él me satisficiera. Me acostumbré a no pedir nada. A no exigir. A pensar que eso era lo normal.

—Vi como ataban a una mujer y fue muy excitante. El lugar es elegante y nada vulgar.

—Sí, eso me dijeron, pero si buscas información, sale que solo es un *pub* de copas.

—Ya.

—Lástima que solo pudiera conseguir ese *pack*. Era para una amiga del hombre que me lo vendió, pero esta se echó novio. Para no perderlo, me lo dejó tirado de precio. Yo no podría pagar lo que cuesta.

Miro la pulsera que me dio. Es de plata sencilla, como una cadena con eslabones, y de uno de ellos cuelga una máscara.

Supongo que tendrá dentro un chip, o algo por el estilo, que, al pasarla por la entrada, les indique hasta dónde tengo acceso.

—Conocí al dueño. Me dio una pulsera diferente, por si quería regresar. Aunque no sé si puedo contarte esto, porque firmé un acuerdo de confidencialidad.

—Eres mi hermana. Te juro que esto solo es entre tú y yo. Deberías volver.

—No lo sé. En ese sitio es como si, por un momento, fuera otra mujer. Como si quien soy en realidad se quedara en la puerta.

—¿Y qué hay de malo con eso?

Me giro en la cama y observo el techo.

—Que no sé quién soy ahora mismo sin Karim. Además, no sé si estoy lista para eso.

—Seguro que acabas con otro idiota de manual al que dejes que te anule. ¿Tan malo es, por una vez, coger la vida por los cuernos y follar como una loca en ese club?

—No fui allí a hacer nada. Solo quería mirar a alguien y olvidar.

—Arlet, no hay nada de malo en aceptar tu lado más sexi.

—No quiero aceptar nada. Fue una buena noche. Yo no encajo en ese sitio...

—A veces siento que te esfuerzas por encajar solo donde no perteneces, con tal de no alzar la voz. —Noto cómo la respiración se me acelera—. Cariño, tienes que dejar el pasado atrás.

—Ya lo he hecho: me he divorciado.

—No me refiero a eso...

—El resto es pasado.

Mi hermana me nota inquieta y se calla, mientras dejo que los recuerdos se queden donde estaban: al fondo de mi mente. Ojalá para siempre.

Hablamos un poco más y luego decido dar una vuelta por la ciudad.

Voy andando hasta la casa de mi futura jefa, que vive en un ático de dos plantas. Su empresa está en la zona comercial de Seattle. Tendría que documentarme sobre ella, pero, cuando lo haga, todo pasará a ser demasiado real. Aún me quedan unos días de descanso antes de trabajar para una mujer que presiento será una piedra en el zapato.

Voy a comer a un restaurante y a cada hombre que pasa lo miro como si fuera el dueño del club. Me fijo en las manos de la gente. Ninguna me atrae como las de él.

El camarero se acerca y miro sus manos con detenimiento. Se da cuenta y se marcha algo cortado.

—¿Qué estoy haciendo? —murmuro para mí.

Es mejor hacer como que lo de anoche nunca pasó. Eso me digo, hasta que estoy sola en mi cuarto, me remuevo inquieta, recordando sus manos, y acabo por meter las mías dentro de mi ropa interior. Froto los nudos de mi sexo hasta que me corro con fuerza, imaginando que son las manos del hombre misterioso las que me hacen arder, mientras me susurra guarradas al oído.

No, esto no puede seguir así. Es mejor hacer como que eso nunca sucedió.

Salgo de la cama y escondó en una de mis bolsas, donde guardo las cosas que no uso, la pulsera. Si una sola noche me tiene así, no quiero ni imaginarme cómo sería volver.

CAPÍTULO 4

ARLET

Llego a casa de Sabina y, nada más entrar, cogen mi maleta y me llevan a un cuarto. Es muy pequeño. Apenas cabe una cama de ochenta. No soy muy alta, pero hasta dudo si me caben los pies. Además, no tiene ventana.

—Esta es tu habitación. No es la mejor de la casa..., pero adapté el ático a los trabajadores que hacen noche, y, bueno, así ha quedado.

La mujer es la cocinera y ve lo mismo que yo: un lugar pequeño, que provoca una ansiedad brutal.

—Solo es para dormir —indico en el tono más alegre que encuentro.

—Te espera en cinco minutos. No tardes en prepararte. —Mira mi ropa elegida, mientras dejo mi bolso y mi chaqueta en la percha—. Si aceptas un consejo, cámbiate. Odia la ropa diferente. —Observa mis medias con detalles de caramelos.

Le digo que vale y, cuando me deja sola, me las quito. Una vez más, escondo quién soy por otros.

Recuerdo lo que voy a cobrar y que esto es temporal, antes de tomar aire y salir para reencontrarme con Sabina.

La encuentro en el salón hablando con alguien.

Al verme, pone mala cara por mi ropa. Llevo una falda negra y un jersey de cuello vuelto en color crema. Al parecer, no es de su gusto tampoco.

—Hola, querida. —Me da dos besos que no llegan a tocarme—. ¿Qué tal el cuarto? ¿Lo has visto bien?

«Una mierda», pienso, pero sonrío.

—Muy bien todo.

—¿Verás como sí? La anterior asistenta se quejaba de que era pequeño y que le creaba ansiedad. ¡Si casi todo el día estaba aquí! —Me muestra la gran cristalera desde la que se ve la ciudad—. ¡¿Para qué quería más?! —Se pasa las manos por el rubio pelo—. A veces creo que la gente quiere sacarme de mis casillas. Yo les pago por trabajar, y muy bien. —Me estampa una agenda en el pecho—. Todo está ahí, vamos. Tenemos una reunión, y espero que no tardes en ponerte al día de todo. —Le digo un débil «no», y de nuevo observa mi ropa—. No me gusta tu ropa. Es demasiado... barata. ¿Compras en tiendas de segunda mano?

—No, es nueva.

—Qué horror, que algo nuevo se vea como si acabara de salir de la basura... Te adelantaré dinero del sueldo, para que hagas algo con tu ropa. Verte así vestida me da estrés.

Solo asiento. No digo nada, pero acabo de ver pasar lo que me espera a partir de ahora: trabajar para una bruja. Pienso en

el dinero, en que esto es temporal y en que podré aguantar solo unos meses. No puedo volver al sofá de mi hermana; y regresar a casa de mis padres está descartado.

Salimos de la casa, tras coger mi abrigo, y vamos a donde la espera el chófer.

De camino, me hace leer la agenda, y casi me mareo por los giros del coche. Más me vale no hacerlo.

Me dice todo lo que tengo que comprar y lo que tengo que recoger del tinte, mientras ella está trabajando.

Espera que lo apunte todo en la agenda.

Saco el móvil y lo hago ahí, porque me es más fácil. Pone mala cara, pero no dice nada.

—Luego lo apuntas en la agenda, por si duras poco. La siguiente debe tenerlo todo anotado. —El coche se detiene—. Tú no bajas. Espero que no tardes en hacer todo lo que te he pedido.

Se baja del vehículo y miro al chófer.

—¿Luego mejora?

—Solo va a peor —me dice el hombre con una sonrisa.

Genial, me he metido de lleno en el cuento de *La Cenicienta*. Ahora trabajo para la madrastra siniestra. Tomo aire y compruebo lo que tenemos que hacer. Uso el mapa del móvil para ver cómo hacer la mejor ruta para recoger todo, sin que nos lleve mucho tiempo, y le indico al chófer dónde debemos ir primero.

«Vamos, yo puedo con esto». Una vez más, pienso en el dinero. Creo que, si no fuera por eso, me iría de este lugar.

Cuando regresamos, tras una mañana caótica, Sabina nos está esperando en la puerta enfadada.

—¡Llevo dos minutos de espera! ¡Que no se repita!

—En la agenda ponía a las dos.

—¡Y son las dos menos cinco! Tienes que anticiparte a mí. No debo ir yo por delante.

«¡Madre mía!».

Asiento y tomo notas.

Vamos a comer. Bueno..., ella va a comer. Yo tengo que aprovechar para ver si tienen todo listo para una cena benéfica en favor de los animales abandonados que dará en una semana.

Voy hasta allí, muerta de hambre, y, al salir, me compro algo de comer de vuelta al coche.

El chófer me pide que coma fuera porque Sabina odia el olor de la comida callejera en su coche.

Comienza a llover y me meto bajo una cornisa para terminar. Al acabar, estoy medio mojada.

—A que lo adivino, no le va a gustar nada mi ropa húmeda.

—Nada de nada. —El chófer no se ha presentado, pero he escuchado, cuando hablaba por teléfono, que se llama Paulo.

Llegamos donde nos espera Sabina y de nuevo pone mala cara mirando el vehículo.

—Espera que salgas a por ella con el paraguas abierto.

Paulo me lo tiende y me acerco a por Sabina. Está al lado de una pareja que parece japonesa.

—De nuevo, sentimos mucho que nuestro hijo no haya podido venir —indica la mujer.

—Como siempre, supongo. A ver si un día se acuerda de su prometida y organizamos la boda de una vez por todas. El tiempo se acaba.

Sabina golpea con el tacón el suelo, como una niña chica. Luego, me mira y empiezo a andar corriendo, evitando que su cuerpo se moje. Yo, por el contrario, me calo hasta los huesos.

Al llegar al coche, me mira desde dentro.

—Aquí no entras así, que las manchas de lluvia cuesta sacarlas de la tapicería. Vete andando, y no tardes. Tengo una reunión y quiero que tomes notas.

Le dice a Paulo que se vaya y me quedo con el paraguas en la mano. No llevo ni el bolso, ni tengo dinero. Ni sé dónde narices está su casa sin el móvil.

Miro a la pareja con la que ha comido.

—¿Sería mucha molestia si me dijerais la calle donde vive Sabina?

El hombre me observa serio.

—Si no lo sabes, tal vez no estés al nivel de mi nuera.

Se marchan y me quedo bajo la lluvia con un paraguas, y nada más. Tengo ganas de llorar, pero no puedo venirme abajo el primer día.

—Yo sé dónde vive —me dice el metre y me lo apunta en un papel. Miro la nota—. ¿Sabe cómo llegar?

—No, pero puedo preguntar.

Sonríe con calidez, y me escribe algo en un papel que me da.

—No está muy lejos. Sigue las instrucciones.

—Muchas gracias.

—Tenemos que ayudarnos entre nosotros. —Me guiña un ojo.

Es mono... Vale, si es mono, descartado. Así empezó todo con mi ex. Solo era mono y luego acabé casada con él, y enamorada.

Me marchó, tratando de que la nota no se moje. Sabina no sabe con quién está jugando, y no pienso dejar que esa mujer acabe con mi paciencia.

Eso lo pienso hasta que llego y me grita por llegar tarde. Me manda a cambiar. Me da dos minutos.

Apunto todo de la reunión, y odia mi letra.

Al llegar la noche, no he comido casi nada en todo el día y entrar al cuarto que me han asignado no mejora.

Lo único positivo es que en todo el día no he pensado en mi exmarido. Tal vez, de esto, salga algo bueno. O acabe muerta por estrés. Todo puede ser.